

DE LA NATURALEZA DE LAS ESCAMAS

Eduardo Padilla

Eduardo Padilla (Vancouver, 1976) es traductor, jugador compulsivo y autor de *Wang, vector* (Ornitorrinco); *Zimbabwe* (El Billar de Lucrecia); *Minoica* (escrito en colaboración con Ángel Ortuño, publicado en la editorial Bonobos) y *Mausoleo y áreas colindantes* (editorial La Rana).

Su obra ha sido publicada en Letras Libres, Tierra Adentro, La Tempestad, Luvina, Crítica y Metrópolis; en las antologías *El Decir* y *el Vértigo* (filodecaballos), *Divino Tesoro—Muestra de Nueva Poesía Mexicana* (Libros de la Meseta/Casa Vecina), *Vientos del Siglo – Poetas Mexicanos 1950-1982* (Universidad Nacional Autónoma de México); y en la selección de poetas mexicanos contemporáneos realizada en el número 12 de la revista alemana *Poet* (Marzo de 2012). Su libro más reciente es *Blitz*, publicado en la editorial Filodecaballos.

The Incredible Shrinking Man

A mi primera esposa le dije que me fascinaban los desiertos
aunque me horrorizara vivir en ellos,
que un estacionamiento para cinco mil autos es un paradigma de belleza sólo antes
de ser abierto al público,
y que mi hobby era coleccionar crucigramas pero no llenarlos;
plastificarlos, sí, pero dejarlos siempre en blanco.

A mi segunda esposa le dije que el silencio es el regalo perfecto—
universal, maleable a toda ocasión, y más noble que la mejor madera.

A mi tercera esposa le dije, cierra ya la boca.

El tiempo todo destruye, el tiempo todo lo abrevia.

Trompo

Sube hacia el campanario
con el ojo fijo en la aguja
los pies serpenteando en torno a un eje o bastón
la mano izquierda acariciando el pretil
la mano derecha cerrada en un puño
la mente ocupada en asignarle a cada balaustre
un nombre propio.

Ya quiere llegar al chapitel e incrustar el blasón de su familia.

Pausa. Reflexiona.
Algo hace falta. De algo adolece.

Codicia a su edad la paciencia elástica de las arañas.

Despeja su mente y continúa.
Sube hacia el campanario
con el ojo fijo en la aguja
los pies gravitando en torno a un eje serpiente
la mano izquierda arañando el pretil
la mano derecha cerrada sobre el bastón
la mente ocupada en asignarle a cada balaustre
un rencor específico.

Resopla, resuella, y reflexiona.
Algo hace falta. De algo adolece.

Codicia a su edad. Codicia cualquier cosa.

Se detiene por fin frente a la puerta del campanario.

Se sienta exhausto en el último escalón.

Se acomoda en su mala memoria,
en su pobre recuento del ascenso.

Se prepara para entrar por la puerta.

Se anticipa a una eternidad de minucias,
fielmente membretadas.

Pirotecnia

El monstruo de la sobre-adjetivación acabó casándose con la poeta de los versos rosas.

Lo que sólo se supo hasta después de su muerte fue que la violó en su primera cita.

“Me obligaba a lamerle su colección de huevos Fabergé
en presencia de sus amigotes de la prensa especializada,
el “quién rasca a quién” de la crítica oficial en aquellos días de peinado infausto.
Luego yo tenía que ir a la cocina y hacerles calamar en tinta de Olivetti
mientras ellos hacían su trueque semanal de ganchos hiperbólicos
(te cambio mi “cadencia embelesadora” por diez de tus arrugados
“Tour de force implacable”).”

Los premios Nobel se jugaban sus pisapapeles en el Coliseo,
embadurnando de miel a los presos políticos, que en aquellos días como usted sabe
conformaban el tronco mutilado de nuestra fuerza laboral,
y así se los lanzaban a los osos hormigueros
que cantaban “te estoy matando a besos vida mía”
mientras las acciones del Cyclon B
se disparaban por los cielos.
(insertar onomatopeya)

Este tótem va en el polo

Hasta abajo van los manglares.
Arriba las colinas
negras y violetas.
A mí me recuerdan
al culo de un mandril
pero tú bien podrías
verlo de otra forma.
Encima está la bahía
con un buque semihundido
y barrenado
por el vuelo espiral de las gaviotas.

Sigue la cabaña,
que aunque chueca
y ladeada,
como armada
un poco al azar y
a partir de las ruinas
de otras cosas,
aún sigue en pie
y su color es jovial.

Encima de la cabaña hay un hombre.
Su barba es la borrasca
que sepulta a un país en el invierno.
Sus ojos son el cielo azul
que da el pésame tras la tormenta.
Viste bermudas caqui,
abrigo verde,
gorro náutico.
Te saluda cordialmente,
irradia una lenta y dormilona afabilidad.
Sus gestos son breves pero magnéticos.
Arriba de él está el mar,
y el sonido de las olas contra la arena
es el de un televisor fuera de sintonía
que apenas se escucha.

Colocados encima del mar hay varios
cuadros en la vida del hombre.
En éste fue controlador aéreo,
en éste otro tuvo un colapso nervioso.

En aquel renunció y se dejó arrastrar
un poco al azar
hasta derivar en la playa,
cargado por la marea
el hombre llegó a la cabaña
y hoy te recibe
y te invita
a defender la existencia de Dios;
él, por su parte,
defenderá su posible inexistencia.
Por cada argumento que hagas
tomarás un trago de licor.
Por cada argumento que él haga
él hará lo mismo.
Habrá que economizar
y pensar bien cada palabra.
El hombre te pregunta
si te apetece el juego
mientras el terso rumor de la nieve
cae fuera de sintonía sobre el mar.

Arriba de todo lo anterior
está la cabaña,
chueca,
ladeada
y en llamas.
Arde con gran facilidad y belleza.
La acompañan las estrellas
que tiemblan en el vacío,
negro como el hocico de un perro,
y el mar, que ronca ebrio
sin conocimiento de sí
o de sus alrededores.